

un poco amado—las mujeres escogen siempre con preferencia aquellos á quienes no comprenden.

La educación que tuve en mis primeros años me ha hecho el hombre que soy ahora; por haberme separado entonces de los demás niños, y por haber permanecido largo tiempo en un desconocimiento absoluto del mal y de la vida, he llegado á ser el soñador de hoy, que vive de la fantasía y goza con la contemplación de la naturaleza.

Parece que me estoy viendo en la orilla del mar, cuando tenía seis ó siete años, tendido al sol como un lagarto, sobre la playa de arena, desojándome por ver si distinguía, por casualidad, la América, detrás de las velas que cruzaban á lo lejos.....

¡Oh! Regiones lejanas donde el sol abrasa, selvas tropicales con las que yo he soñado en otro tiempo, aislándome durante las largas horas de verano en los rincones solitarios de los bosques.....

La naturaleza desconocida de los trópicos me producía desde lejos una fascinación y, á la vez, una melancolía que no puedo expresar.

Me acuerdo también, y éste hubiera sido el indicio más inquietante, si hubiesen desconfiado de él; me acuerdo de que cuando estaba acostado blanda-

mente en mi cama, me molestaba oír por la tarde la alegría ruidosa de la calle y los cánticos de los marineros que desembarcaban y que venían de países lejanos. Escuchaba aquellas canciones rudas, que iban á perderse por las callejas bajas, próximas al puerto, y no podía dormirme, siendo después acometido por ensueños extraordinarios, sobre los países de que venían aquellos hombres bronceados, sobre la vida que en ellos harían y sobre sus aventuras. ¡Quién hubiera podido suponer entonces lo que pasaba en mi cabeza!.....

Todo esto tenía para mí el atractivo de las cosas prohibidas, imposibles; estaba decidido en aquella época, y admitido por mí, que no me separaría nunca de la familia, que llegaría á ser un hombre útil á la sociedad, y que me distinguiría por la austeridad y por el aplomo.....

Quién me hubiera dicho que más tarde dirigiría y compartiría las fatigas, las aventuras y los placeres de aquellos hombres que tenían la costumbre de cantar por la noche y de no acostarse para andar de ronda.....

Cierto día de verano, de gran calor, iba yo tranquilamente, con mis papeles de música debajo del brazo, á dar la lección de piano. Creo que tendría entonces unos doce años. Era la primera vez que

me dejaban salir solo; iba por la sombra, siguiendo el camino de la muralla; por encima del parapeto de piedras grises miraba la campiña, la llanura tranquila, inundada de sol, y los bosques que se veían en el extremo del horizonte. No había nadie sobre la muralla, poco frecuentada en las calientes horas del medio día. De pronto aparecieron dos grumetes, que salían de detrás de un repecho; anduvieron algunos pasos, se detuvieron, y después se sentaron en el suelo, apoyándose en un olmo. Eran dos niños, un poco mayores que yo, y curtidos ya por el aire del mar.

«¡Pareces un mono del Brasil!»—decía el mayor al otro, tirándole de una oreja.....

«¡Mono del Brasil!.....» Esto de Brasil me hizo volver á caer en mis ensueños; miraba al horizonte por el lado del bosque, lleno de sol, y sentía en mi mente yo no sé qué intuición ó qué misterioso recuerdo de bosques vírgenes..... Sin duda aquellos grumetes habían estado en el Brasil, puesto que hablaban de él..... Me detuve tímidamente detrás de ellos para continuar oyéndolos; pero, al verme, interrumpieron bruscamente la conversación. Mi traje, que examinaron de piés á cabeza, pareció inspirarles un cierto respeto, y desde luego aparecieron reservados. Pero yo notaba en sus investiga-

ciones algo de burla sorda: la piedad y la ironía de los chicos libres, desarrollados ya sobre el extenso mar, frente á frente del niño recogido, conservado en su jaula como un pajarillo raro; y me extrañaba su tono breve y su apostura provocativa, que yo no tenía. En efecto, venían del Brasil, y me hablaron de hermosas frutas, muy buenas para comerlas; de loros verdes, de negros y de monos.

Después nos separamos como buenos amigos, prometiéndonos volver á vernos á la vuelta de una campaña que su barco iba á emprender.

Me dijeron sus nombres. El del mayor era Barazere.

—Diez años más tarde, una noche, en un mal lugar de la Plata le encontré y le reconocí, manejando el cuchillo contra los alguaciles.—Más tarde, la casualidad quiso aún que fuese yo quien hizo arrojar al mar su cuerpo en una hermosa mañana.....

Llegué tarde á la lección de piano—después de haber corrido mucho, muerto de calor, un poco avergonzado por haber hecho conocimiento con chicos de la calle, y soñando con el Brasil, sus grandes árboles, sus loros verdes y sus monos.—Toqué muy mal mi lección, que era una de las pri-

meras que daba sobre Chopín; estudiaba el *Primer Improntu*, dedicado á la señorita C. Lobán. Desde entonces siempre he encontrado algo del Brasil en este *Improntu*. Nunca he podido comprenderle más que á mi manera y no á la del maestro: en la época en que yo aún admitía la música lo tocaba á la sordina, con rapidez excesiva y produciendo una especie de susurro vago y quejumbroso, que se parecía, según mi opinión, al ruido de la lluvia tibia, cayendo sobre los árboles de un bosque virgen y al rozamiento de las hojas de bambú.

Tenía yo diez y ocho años cuando ví por primera vez aquel Brasil tan deseado.

Llegué á él una noche: desembarqué al amanecer en el fondo de la bahía donde mi barco se había detenido, remonté un arroyo en una piragua, y contemplé la salida del sol en aquella naturaleza desconocida.

Lo que más me sorprendió fué aquel verdor intenso de los follajes, aquel tostado ardiente del suelo, aquel cielo clarísimo, inundado de dorados matices, y también los penetrantes olores que de todas las cosas se exhalaban.

Yo tenía previstas las formas de aquellos inmen-

sos árboles y de aquellas palmeras; pero no había podido imaginarme la exuberancia de color, ni los perfumes, ni la pesadez de aquel aire tórrido.

Aquel país produjo á la vez en todos mis sentidos las impresiones de lo desconocido.....

Los ibis rojos, que parecían más rojos aún por la luz del sol naciente, pasaron rozando sobre mi cabeza como rasgos de fuego.....

En la choza de plantadores, á donde me dirigí, me convidaron á almorzar; después llegó el gran calor del medio día, y cerraron herméticamente puertas y ventanas, diciéndome que era imposible salir antes de la caída de la tarde.

Pero un deseo vehemente de hacer exploraciones me devoraba: con mucho cuidado abrí la puerta, mientras mis amigos dormían, y salí al campo.

Entonces me encontré solo, en medio de un extraño silencio, bajo una luz chispeante y en una temperatura de horno. No veía en torno mío más que grandes plantas floridas, todas semejantes, cuyas flores, de un amarillo pálido, se inclinaban como estenuadas por el calor.—Estaba en un campo de algodoneros.

Animalillos alados, de un color verde metálico,

revoloteaban sobre unas como malvas amarillas, produciendo zumbidos de mariposas. Eran pájaros-mosca, que hacían su recolección del medio día.

Seguí avanzando entre los algodóneros, con las sienes abrasadas por aquel sol agobiador: pronto llegué á una cerca, hecha de sólidas tablas, para impedir que los animales del bosque próximo entrasen en la plantación. Escalé la valla, y me encontré en plena campiña.

Era aquélla una extensa llanura, limitada en lontananza por inmensa cortina de verdura.

Grandes árboles, plantados á la casualidad, se bañaban voluptuosamente en aquel sol tórrido que me asfixiaba. Tenían un verde sorprendente, y sus hojas, espesas, brillaban como las de las camelias. Eran anacardos, ébanos y palisandros.

En el suelo, las hierbas y las plantas más insignificantes presentaban aspectos extraños.

Había en todo aquel terreno un ruido extraordinario de insectos que parecían salir, á la vez, de todas partes.

A medida que yo avanzaba, los árboles iban siendo más hermosos y estaban más próximos....

Llegué á un punto en que formaban una bóveda

alta y espesa, que dejaba por debajo un vacío y una obscuridad como de iglesia..... Aquel era el bosque que yo había soñado. Allí había sombra; ráfagas de luz azulada descendían entre los enormes troncos, y en lontananza se veían espacios oscuros, como en las selvas de Gustavo Doré; la tierra estaba desnuda, así como las ramas y las raíces; todo el verdor se reunía en lo alto, formando una cúpula compacta, y por debajo se circulaba bastante libremente, sobre una alfombra de hojas secas. De repente, una cosa resbaló sobre ellas, una cosa larga, que se retorció como la cuerda de un látigo.....

¡Oh! una hermosa serpiente pasó cerca de mí, muy asustada por haberme visto..... Me senté sobre grandes raíces de anacardo, deliciosamente impresionado por aquella soledad y aquel esplendor.

Una enredadera de orquídeas presentaba sobre mi cabeza magníficas flores, reunidas en racimos color de rosa, de un tinte pálido y delicado de flor de sombra; y á mi alrededor revoloteaba toda una familia de diminutas mariposas blancas, con las alas muy recortadas y sembradas de gotas de plata de relieve; animalitos raros, nacidos en el eterno calor y en la obscuridad de aquel bosque.....

A la larga, Plumkett, todas nuestras facultades se enervan un poco, y, sobre todo, la que especialmente poseemos uno y otro de ser impresionados por todas las cosas nuevas. Es verdad que hoy no llamarían ya mi atención aquellas mariposas salpicadas de gotas de plata, ni todos los detalles insignificantes de aquella naturaleza que se grabaron entonces en mi memoria.

Sentado allí, en el bosque, sobre las raíces de anacardo, volví á ver como en sueños el camino de la vieja muralla, por donde había pasado cuando niño, llevando debajo del brazo el *Improntu* de Chopin: volví á ver también á los dos grumetes, y oí la voz del mayor que decía al otro: «¡Mono del Brasil!»

Miré en torno mio; no había monos á la vista: sin duda dormían en las ramas.....

Y después, créalo usted, Plumkett, volví á ver cierto viejo muro, del cual he hablado á usted anteriormente; me refiero á aquel viejo muro de la Limoise, en el que me encaramaba en otra época durante el calor ardiente de las tardes de verano, entre la yedra y las ramas de parra, para mirar la campiña y las grandes encinas de los bosques ador-

mecidos bajo el sol; para soñar con los bosques de los trópicos, en compañía de los lagartos grises, de los saltamontes azules y de color rosa, de los moscardones zumbadores y de las avispas golosas que caían desmayadas patas arriba por haber comido demasiado moscatel.

Desde el fondo de la verdadera selva del Brasil volví á ver claramente aquel muro, Plumkett, y volví á encontrar, con tristeza punzante, mi vida y mis sueños de niño, que ya habían desaparecido.

Entonces comencé á comprender que no hay nada entre lo que el mundo nos ofrece de real cuando creemos, nada en la naturaleza, ni en el amor, ni en nada, que responda á las concepciones vagas y encantadoras, á las intuiciones de la infancia.....

Plumkett.—Mi querido Loti, me gusta mucho esta flor, respiro con alegría su perfume antes de morir, porque debo decir á usted que me aproximo á la última hora.

En el momento en que reciba usted ésta habré muerto; pero mi alma vendrá con mucho gusto á acompañar á usted cuando se aburra demasiado, aunque no sé si el diablo querrá permitírmelo, pues

debe guardar á usted mucho rencor por haberle arrebatado también el alma del padre Barez.

Queda enteramente suyo el que fué—*Plumkett*.

P. S.—Añado algunas líneas para anunciarle que el fenómeno se ha cumplido.

Morir es una cosa sencilla y natural, y yo diría que hasta agradable. Desgraciadamente, cuando uno está muerto, ya no se aburre más; con la muerte se acabaron las flores de hastío; continúe usted, pues, solo, sus encantadores ramilletes, y deshoje usted alguna rosa sobre mi tumba: me gustaba mucho esa flor.

Segunda P. S.—La ceremonia ha sido muy brillante; un gran número de personas me han acompañado á mi última morada. ¡Cosa extraordinaria! al salir de la Iglesia yo andaba como una persona cualquiera, dando el brazo á una jóven vestida con largo traje blanco. Ninguna tristeza excesiva se pintaba en los rostros de los concurrentes, y los carruajes que nos esperaban á la puerta no tenían ese aspecto sombrío que tienen de ordinario los de las pompas fúnebres.

Tercera P. S.—Muchas gentes mueren de este modo, y, como resultado de ello, la población se aumenta. Morir así es renacer. Por lo demás, yo creo que usted se me unirá cualquier día.

Loti.—¡Ah! traidor..... ¡Qué ha hecho usted!..... Vamos, sea usted dichoso, mi querido amigo.

¡Pero entonces, yo voy á continuar mi aburrimiento por el mundo, sin tener nadie á quien podersele comunicar! Verdaderamente le echaré á usted mucho de menos.....